

vuelto á reunirme contigo, y á fe mía que es mejor para ti, porque te aprovecharás; mas por ahora necesito un largo reposo. No me despiertes por la mañana, ¿oyes?

Juan Bautista contestó que le dejaría dormir en paz, y dándole las buenas noches, apagó la luz. Era natural suponer que el italiano no pensaría ya más que en desnudarse para volver á dormir; pero hizo todo lo contrario, pues se vistió completamente, aunque sin calzarse los zapatos.

Hecho esto se tumbó en la cama, con la intención de pasar así la noche.

Cuando Cavalletto despertó, algo sobresaltado, los primeros albos de la aurora comenzaban á reflejarse en las ventanas de la posada; el italiano se levantó presuroso, dió vuelta á la llave en la cerradura muy cautelosamente, y con sus zapatos en la mano bajó la escalera sin hacer el menor ruido. Nadie se había levantado aún, y el mostrador de la dueña estaba desierto; pero como Juan Bautista había arreglado su cuenta con la patrona el día anterior, poco le importaba encontrar á alguien; todo lo que necesitaba era un momento para calzarse, abrir la puerta y huir.

Así lo hizo: ningún rumor, ninguna voz se dejó oír cuando abrió la puerta; ninguna cabeza de Medusa se asomó á la ventana de la habitación de que acababa de salir. Cuando el disco del sol se dejó ver del todo en el horizonte, iluminando con sus rayos el largo camino cubierto de lodo, con su monótona línea de árboles, vióse un punto negro que se alejaba velozmente, saltando entre los charcos formados por la lluvia: aquel punto negro era Juan Bautista, que huía velozmente de su protector.



CAPITULO XII

El Patio del Corazón Sangriento

El sitio designado con este nombre está comprendido en el casco de la ciudad, aunque se halle en el antiguo camino rural que conduce á un arrabal célebre, donde en la época de Guillermo Shakspeare, autor y actor á la vez, existían varias casas de cazadores, pertenecientes al rey. Hacía tiempo ya que este sitio había perdido mucho, cambiando notablemente su aspecto, pero aún conservaba huellas de su antiguo esplendor. Algunos restos de chimeneas enormes que se elevaban á bastante altura sobre los tejados; y varias casuchas sombrías, de cuyas primitivas dimensiones no era posible formarse idea, comunicaban un aspecto singular á este patio, habitado solamente por familias pobres, que habían ido á instalarse entre aquellas glorias eclipsadas, como los árabes del Desierto despliegan sus tiendas en medio de las piedras caídas de las Pirámides.

El terreno se había elevado á notable altura alrededor del histórico patio; de modo que para penetrar en él era necesario bajar por una escalerilla, saliendo por una bóveda poco alta que se comunicaba con un dédalo de miserables callejuelas.

Sobre esta bóveda hallábanse los talleres de construcción de Daniel Doyce, donde el choque regular del metal contra el metal imitaba los latidos dolorosos de un corazón de hierro.

En cuanto á la etimología del nombre *Corazón Sangriento*, las opiniones de sus habitantes no estaban conformes; los positivistas apoyaban la tradición de un asesinato; y los más sensibles manteníanse fieles á la leyenda de una joven de remota época, encarcelada en su habitación por un padre bárbaro, porque quiso ser fiel á su primer amor y rehusó la mano del caballero que se le propuso en matrimonio, lo cual la costó morir en su encierro.

Daniel Doyce, Meagles y Clennam bajaron la escalerilla y cruzaron el patio entre dos líneas de puertas abiertas, ocupadas todas por chiquillos escualidos; Clennam se detuvo para ver si estaba por allí el domicilio del albañil Plornish.

Pronto se fijó su atención en un ángulo del patio, donde se veía una entrada llena de manchas de cal, sobre la que el ingenioso albañil había pintado una mano, debajo de su nombre, para indicar que vivía en el piso bajo. La casa, situada en la extremidad del patio, era muy grande y se había dividido en muchas habitaciones para numerosos inquilinos.

Arturo Clennam, después de dar cita á Meagles, despidióse de sus compañeros y se dirigió solo hacia la entrada de que hemos hablado. Apenas llamó, una mujer con un niño en brazos abrió la puerta: era la esposa del albañil; y Arturo le preguntó si estaba en casa su marido.

—No, señor—contestó la mujer muy cortésmente;—á decir verdad, ha salido en busca de trabajo.

Estas palabras á decir verdad eran la frase favorita de la señora Plornish, que si bien incapaz de mentir, no por eso tenía manos la costumbre de intercalar siempre en su conversación esta cláusula restrictiva.

—¿Le parece á usted que volverá pronto?—preguntó Arturo.—En tal caso le esperaré.

—Hace ya media hora que debía estar de vuelta. Entre usted, caballero.

Arturo penetró en una sala algo oscura, falta de aire, aunque tenía el techo bastante alto, y sentóse en la silla que le ofrecían.

—A decir verdad—continuó la mujer de Plornish,—le agradezco que se haya dignado visitar nuestra pobre casa.

Arturo, sin comprender por qué se le decía aquello, no

pudo menos de manifestar su sorpresa por una mirada, que provocó la explicación siguiente:

—Cuando se visita á gente pobre, lo general es que nadie se quite el sombrero, pero nosotros hacemos de esto más caso de lo que se piensa.

—No lo hubiera creído—replicó Arturo avergonzado de que pudiera parecer cosa extraordinaria un acto de cortesía.

E inclinándose, para besar á otro niño que estaba sentado en el suelo, preguntó:

—¿Qué edad tiene esta criatura?

—Aún no ha cumplido cuatro, caballero, pero es muy robusto para su edad ¿no es cierto? Y hablando de otra cosa, espero me dispensará usted una pregunta. ¿Ha venido usted para ofrecer trabajo á mi esposo?

Al hacer esta pregunta, revelábase tal ansiedad en la expresión de la fisonomía de aquella mujer, que Arturo sintió en el alma verse obligado á contestar negativamente.

—Diríase que todo trabajo, bueno ó malo—repuso la mujer ahogando un suspiro,—se halla oculto debajo de tierra.

—¿Es tan difícil encontrarlo?—preguntó Clennam.

—Plornish no lo halla nunca; decididamente es un hombre que no tiene suerte.

La mujer decía verdad; Plornish era uno de esos hombres á quienes la desgracia parece perseguir sin tregua, impidiéndoles avanzar como otros que tienen menos elementos para ello. Lleno de buena voluntad, industrioso y dotado de buenos sentimientos, aceptaba su suerte con toda la resignación posible, pero debía pasar por rudas pruebas.

—Y á fe que no es perezoso en buscar trabajo—añadió la mujer de Plornish,—ni deja de hacer su faena con todo el esmero posible, como lo prueba el no haberse quejado nadie de él.

Mientras la mujer se entregaba así á sus lamentaciones, presentóse Plornish; era hombre de unos treinta años, de buen color, patillas rubias y piernas muy largas. Vestía un chaquetón de lana, y toda su ropa estaba llena de manchas de cal.

—Aquí está mi marido, caballero—dijo la mujer.

—He venido—dijo Clennam levantándose,—para hablarle sobre un asunto relativo á la familia Dórrit.

Plornish manifestó cierto aire de desconfianza al oír esto, y creyendo que se trataba de algún acreedor contestó:

—¡Ah! sí, muy bien; pero no sé en qué podría yo servirle respecto á esa familia. ¿De qué se trata?

—Le conozco á usted más de lo que usted cree—dijo Clennam sonriendo.

Plornish contestó, pero sin sonreirse, que no tenía el honor de conocer á su visitante.

—Pues yo—repuso Clennam,—aunque no haya presenciado los buenos servicios que prestó usted hace tiempo á la familia, tengo noticias de ello de buena fuente, es decir, de la niña Dórrit, ó mejor dicho, de la señorita Dórrit.

—¿Será usted, pues, el señor Clennam? ¡Oh! ya me han hablado de usted, caballero.

—Y á mí también de usted y de su esposa.

—Tenga usted la bondad de volver á sentarse—dijo Plornish, apresurándose á dar el ejemplo,—y sea muy bien venido á esta pobre casa. Yo también he tenido la desgracia de estar una vez en la Mariscalía, y allí conocí á la señorita Dórrit, así como á su familia.

—La conocemos íntimamente—añadió la mujer de Plornish.

—Me alegro de que así sea—contestó Arturo,—porque de este modo comprenderán mejor mis intenciones; pero ante todo, quisiera saber el nombre del propietario de estas casas.

—Se llama Casby, caballero—contestó Plornish,—Casby y Pancks, y viene á cobrar el alquiler todos los sábados.

—¡Casby!—repitió Clennam;—me alegro de saberlo, porque es uno de mis antiguos conocidos.

Plornish no hizo el menor comentario, y como Clennam no necesitaba hacer más preguntas sobre el particular, expuso seguidamente el verdadero motivo de su visita, que era servir de la mediación de Plornish para obtener la libertad de Tip, á fin de que el joven preso no perdiese la costumbre de contar consigo mismo y con sus propios recursos, si aún no había perdido el último resto de dignidad y de confianza en sí propio. Como Plornish sabía ya de boca del mismo acreedor las causas del encarcelamiento, dijo á Clennam que el interesado era un chalan llamado Maron, y que ofreciéndole un cincuenta por ciento de la deuda, se podría arreglar en su concepto el negocio.

Poco después, Clennam y Plornish subían en un coche de alquiler que los condujo rápidamente hacia High-Holborn, y allí se apearon á la puerta de una cuadra, donde se veía un magnífico caballo gris. Plornish penetró en el patio, dejando en la calle á Clennam, y sin detenerse á preguntar cosa alguna, dirigióse á un individuo que estaba probando un caballo, y expúsole el motivo de su visita. Este hombre era el capitán

Maron, precisamente el acreedor de Tip, quien después de escuchar á Plornish, díjole que podía ir á verse con su abogado, y que no quería tratar con él, ni aún permitirle permanecer en el patio si no llevaba un billete de veinte libras esterlinas. Oído esto, Plornish fué á dar cuenta del resultado á Clennam, y volvió poco después con el papel moneda indispensable.

Entonces el capitán Maron le dijo:

—Muy bien, ¿cuánto tiempo necesita usted para pagarme las veinte libras que restan? Vamos, le concedo á usted un mes.

Como el otro no aceptara la oferta, el capitán añadió:

—¡Vaya! entrégume usted una letra pagadera á cuatro meses en casa de un banquero; esto es cuanto puedo hacer.

Esta condición no fué admitida tampoco.

—¡Pues bien!—dijo el capitán,—el amigo de usted no procede bien conmigo; pero no importa; vengan cinco libras más y una botella de vino, y no se hable más del asunto: esta es mi última palabra.

Al ver que Plornish no se avenía tampoco con este arreglo, el capitán, apurada la paciencia, acabó por decir:

—¡Vamos, qué diablo! déme usted este billete y ahí va el recibo por saldo de la cuenta.

—Señor Plornish—dijo Arturo, cuando el albañil le dió cuenta del resultado de su comisión,—confío en que me guardará usted el secreto. Si quiere anunciar al joven que está libre, y que ha recibido usted el encargo de transigir con el acreedor, por mediación de una persona que no le es posible nombrar, no solamente le quedaré agradecido, sino que hará usted un favor al mismo tiempo al joven Tip y á su hermana.

—Esta última razón es más que suficiente, caballero—replicó Plornish;—haré lo que usted desea.

—Puede usted decir, si le parece, que un *amigo* ha pagado desinteresadamente á su acreedor, con la esperanza de que Tip hará buen uso de su libertad, aunque sólo sea por complacer á su hermana.

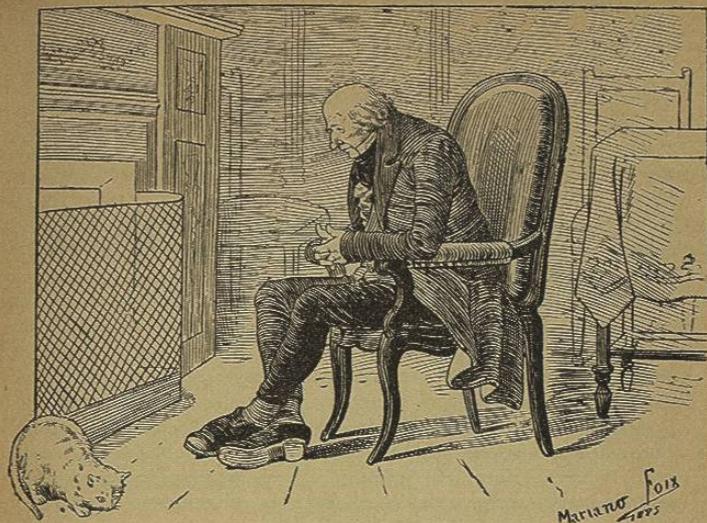
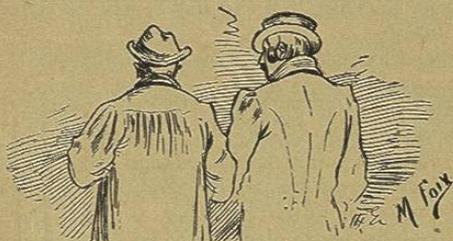
—Así lo haré, caballero.

—Y si quiere usted, ya que conoce á la familia mejor que yo, comunicarse conmigo libremente, para indicarme cómo podré ser útil á la niña Dórrit sin ofenderla, le estaré doblemente agradecido.

—No hable usted de eso, caballero; yo tendré en ello á la vez un placer y un... y un...

Plornish, que no encontraba la palabra, optó por dejar la frese sin concluir; guardóse en el bolsillo la tarjeta que le daba Clennam, y aceptó una gratificación pecuniaria.

Plornish manifestaba deseos de cumplir cuanto antes su encargo; y Clennam, que aprobaba aquella actividad, acompañóle hasta la puerta de la prisión por deudas.



CAPITULO XIII

Patriarcal

Reavivó el nombre de Casby, en la memoria de Clennam, una chispa de curiosidad y de interés, que la señora Flintwinch había excitado ya la noche que llegó á su casa. Flora Casby fué su amada en la adolescencia, y era hija única del anciano Cristóbal *Cabeza de Palo*, mote que le habían aplicado irreverentemente algunas personas con quienes tuvo ciertos negocios. El señor Casby gozaba fama de rico, y de sacar hasta de las piedras más aceite del que le era necesario para alimentar la lámpara de su existencia.

Después de perder algunos días en investigaciones y diligencias, Arturo Clennam se convenció de que la situación del padre de la Mariscalía era desesperada, y por lo tanto hubo de renunciar, bien á pesar suyo, al proyecto de proporcionarle la libertad. Tampoco esperaba poder hacer por el pronto cosa alguna en favor de la niña Dórrit; pero pensó que, renovando sus relaciones con el señor Casby tal vez hallaría medio de ser útil á su pequeña amiga.

Animado de tan buena intención hallóse un día á la esquina de la calle donde vivía el señor Casby, en el camino de Gray's Inn, calle larguísima que después de cruzar el valle de